

# La Revista Blanca

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Año II Núm. 23. - Segunda época

SARDAÑOLA - BARCELONA

1.º de Mayo de 1924

## EL HOMBRE Y LA TIERRA

(Continuación)

La estrechez frontal, que se prolonga mucho sobre el cráneo de Trinil, permite negar que la «circunvolución de Broca» haya sido más desarrollada en el pithecanthrope que en los antropoides (17). Cerca de Bahía, en el Brasil, se ha descubierto en un montón de conchas un cráneo humano de caracteres muy primitivos, en el que se ha querido ver semejanza con la pieza de Trinil (18), pero cuya edad no ha sido suficientemente establecida.

Esos hallazgos parecen indicar que el Hombre, bajo su forma actual, habría nacido en las regiones de vida exuberante, donde el sol lanza sus más ardientes rayos y donde la lluvia cae más copiosamente; las variedades de negritos se han desarrollado también en la zona ecuatorial, patria de las grandes especies antropoides emparentadas con el hombre.

A tal nacimiento, era necesario, al parecer, la naturaleza tropical en todo su poder creador (Hæckel, Johnston). Si en casi todas las comarcas, a lo menos fuera de las llanuras, cuentan los hombres que sus primeros abuelos descendían de las altas montañas que limpian su horizonte, esas leyendas provienen de un puro efecto de óptica. Las altas cimas que se dirigen al cielo rompiendo las nubes, ¿no parecerían al primate, animal privilegiado, la morada de los dioses, a cuyos pies vería en su imaginación el nacimiento de sus primeros padres?

¡El hombre es un dios caído que se acuerda de los cielos!

así cantaba Lamartine. No es un «dios-caído», porque sube más bien, pero recuerda todo un infinito. Salido de generaciones sin número, otros hombres o antropoides, animales, plantas, organismos primarios, recuerda por su estructura todo lo que sus antepasados han vivido durante la prodigiosa duración de las edades;

(17) *Sociedad de Antropología*, sesión del 19 noviembre 1895.

(18) A. Nehring, *Naturwissenschaftliche Wochenschrift*, 17 noviembre 1895.

resume bien en sí todo lo que le precedió en la existencia, del mismo modo que en su vida embrionaria presenta sucesivamente las formas diversas de las organizaciones más sencillas que la suya. No es, pues, únicamente en las tribus salvajes donde ha de buscarse al hombre antiguo, sino, todo lo lejos posible, entre sus abuelos, los animales, allá donde irradian los primeros resplandores de la inteligencia y de la bondad.

Las sociedades animales nos muestran, en efecto, sea en germen, sea en estado de realización ya muy avanzada, los más diversos tipos de nuestras sociedades humanas, siéndonos posible buscar en ellas todos nuestros modelos: en sus grupos tan variados encontramos ese mismo juego de los intereses y de las pasiones que incesantemente solicitan y modifican nuestra vida y determinan las marchas progresivas o retrógradas de la civilización; pero las manifestaciones del animal, más candidas, menos complejas, desprovistas de la envoltura de frases, escritos, leyendas y comentarios que disfrazan nuestra historia, son más fáciles de estudiar, y el observador logra ver en su derredor los pequeños y diversos mundos en el corral, en el matorral vecino, en la atmósfera y en las aguas.

«En el tiempo en que las bestias hablaban», los hombres las comprendían. Los seres de dos y de cuatro patas, de piel lisa, de plumas y de escamas no tenían secretos los unos para los otros, y el recuerdo era tan completo, que el pueblo, superior a los filósofos por la justa aunque subconsciente inteligencia de las cosas, continuó mucho tiempo, continúa todavía aquí y allá, entreteniéndose con los animales en esos cuentos que constituyen una parte tan importante de la literatura, hasta la más importante de todas, porque es ciertamente la más espontánea: ignora su propio origen.

El Hombre se inclina a creerse el «rey de la creación», y sus religiones parten de esta idea fundamental. Se comprende: el ser que ve todos los rayos converger a su morada, todas las apariencias tomar una realidad en su cerebro, ha de considerarse forzosamente como